

Cerebro y mente: ¿disidencia o subordinación? Apuntes para una lectura epistemológica

Juan Carlos Fantin

Médico psiquiatra. Psicoanalista

Prof. Adj. Regular. Depto. de Psiquiatría y Salud Mental, Facultad de Medicina (UBA)

E-mail: jcfantin58@gmail.com

Resumen

Se examinan dos lecturas contrapuestas de autores significativos –Eric Kandel y Hans Jonas- en relación al problema mente-cerebro. A partir de allí, se argumenta la tesis que la insuficiencia de la crítica al cientificismo materialista, reduce las posibilidades teóricas y prácticas tanto de la psiquiatría como del psicoanálisis.

Palabras clave: Cientificismo materialista – Mente-cerebro – Epistemología de la psiquiatría – Psicoanálisis y psiquiatría.

BRAIN AND MIND: DISSIDENCE OR SUBORDINATION? NOTES FOR AN EPISTEMOLOGICAL READING

Abstract

Two opposing readings of significant authors - Eric Kandel and Hans Jonas - are examined in relation to the mind-brain problem. From there, the thesis is argued that the inadequacy of the critique of materialistic scientism reduces the theoretical and practical possibilities of both psychiatry and psychoanalysis.

Key words: Materialist scientism – Mind-brain – Epistemology of psychiatry – Psychoanalysis and psychiatry.

Introducción

En la psiquiatría de las últimas décadas se ha asistido a una tendencia que podría llamarse neopositivista y, en algunas posturas extremas, neoconductista (aunque no siempre claramente manifiesta). La subjetividad, o lo psíquico, o lo mental es desestimado a favor de la aceptación de la psiquiatría como ciencia, o es reducido a un *epifenómeno* de las funciones cerebrales, una mera expresión sin consecuencias.

Examinaremos dos lecturas de autores que nos resultan particularmente significativas. La primera, la de Eric Kandel -psiquiatra, investigador, ganador del premio Nobel- como representante de la postura científicista; la segunda, de Hans Jonas -filósofo reconocido- quien argumentando al modo de la filosofía de la ciencia, es quien mejor expresa un planteo crítico “desde adentro” a la teoría científico-materialista.

Nuestra tesis es que la postura insuficientemente crítica del científicismo materialista, reduce las posibilidades teóricas y prácticas de la psiquiatría y del psicoanálisis (tal reducción implica un menosprecio de sus posibilidades terapéuticas, con consecuencias iatrogénicas en algunos casos, que no pueden soslayarse sin examinar cuidadosamente el problema).

La propuesta de Eric Kandel

Cuando Eric Kandel publicó su artículo *Un nuevo marco intelectual para la psiquiatría* (1) generó cierta polémica. En parte, porque se trataba de un psiquiatra devenido investigador que había ganado el premio Nobel, lo que lo elevaba a la autoridad máxima en neurociencias a nivel global. Pero, además, su propuesta contenía una cuestión incitante. Kandel hace allí un llamado a los psiquiatras a participar activamente del avance de las neurociencias, que luego, en un artículo complementario al mencionado (2), se completó con la propuesta de que la teoría psicoanalítica se sustentara en los postulados básicos de la nueva neurociencia, esto es, del nuevo “marco intelectual”.

El marco se resume en cinco principios, siendo el primero de ellos el más básico, el que afecta los fundamentos de los siguientes. El primer principio dice: “*Todos los procesos mentales, incluso los procesos psicológicos más complejos, son consecuencia de operaciones del cerebro*”. A continuación leemos: “*El principio fundamental de este concepto es que aquello a lo que nos solemos referir como mente es un conjunto de funciones llevadas a cabo por el cerebro*”.

Kandel considera que cualquier manifestación de lo psico-social, se sustenta y explica en el funcionamiento genético. Al decir que lo que llamamos mente es un conjunto de funciones llevadas a cabo por el cerebro, lo mental en sí queda reducido a una simple expresión, una representación sin funciones frente a las funciones cerebrales.

A continuación, en el texto citado, Kandel retoma la acusación que los sociólogos otrora hicieron a un pensamiento biológico reduccionista, como una visión simplista de la naturaleza humana, equivocada y peligrosa. Tal reduccionismo, objetaban, llevó a la eugenesia y al darwinismo social. No obstante, Kandel explica el “error” del que parte la acusación de los sociólogos, tal fue considerar -según el conocimiento de la época- que todos los procesos biológicos están determinados en forma estricta por los genes, siendo la única función de los mismos la transmisión hereditaria (de carácter inexorable). Por el contrario, hoy los científicos saben, afirma el autor, de la doble función de los genes: son plantillas estables, por un lado, sólo modificables por mutaciones; pero, por otro lado, poseen una función de expresión, esto es, de múltiples pasos sensibles a factores ambientales. Es decir, que si los sociólogos objetaran hoy, se equivocarían por no estar actualizados.

¿Qué es lo que Kandel, a nuestro juicio, no dice?, que cuando surgieron el eugenismo racista y el darwinismo social, aún ciertos científicos llegaron a tales conclusiones, porque tomaron su conocimiento como definitivo e irrevocable (dos cuestiones de cuidado, que derivan frecuentemente en la idiocia funcional). ¿No deberíamos entonces tener una mayor elaboración crítica de nuestras afirmaciones, respecto de la biología, en cuestiones que ya han mostrado ser de tal trascendencia? Si es así, tratemos de profundizar el tema, siguiendo a nuestro autor.

Resulta evidente que, en la epistemología propuesta por Kandel, lo mental tiene un funcionamiento totalmente secundario, si es que tiene alguno, respecto de las funciones de los genes (para una consideración de esta afirmación, remitimos al lector al artículo del mismo Kandel). El idealismo supuesto a cualquier funcionamiento de lo mental es incompatible con la materia, en tanto ésta es quien organiza la naturaleza para la teoría científico-materialista, como una sucesión de causas y efectos materiales, concretos y verificables empíricamente al modo de la física.

Todo esto queda manifiesto, de algún modo, en el párrafo siguiente: “... *deberíamos formular la siguiente pregunta: ¿de qué modo los procesos biológicos del cerebro originan acontecimientos mentales y, a su vez, de qué modo los factores sociales modulan la estructura biológica del cerebro?*”¹. La pregunta es ciertamente interesante y enormemente pertinente, abre todo un programa de investigación científica. No obstante, presenta una peculiaridad epistemológica que merece ser resaltada.

La *primera vía*, de los procesos biológicos del cerebro hacia los acontecimientos mentales, demuestra la aceptación, por parte del científico, de la génesis causada de los “acontecimientos mentales”; pero la *segunda vía*, de los factores sociales hacia la modulación biológica del cerebro, elude cualquier reciprocidad entre los acontecimientos mentales y los procesos biológicos del cere-

¹ El texto original es el siguiente: “*We now need to ask, how do the biological processes of the brain give rise to mental events, and how in turn do social factors modulate the biological structure of the brain?*” (1). En esta cita importante para nuestro artículo ofrecemos al lector el texto original, a fin de que coteje con la traducción utilizada en el texto, que consideramos suficientemente fiel al original.

bro. ¿Se trata de algo intrascendente?, no en nuestra lectura, y en el texto que analizaremos a continuación (*vide infra*). La elisión señalada priva a lo mental de tener una compatibilidad con los procesos *materiales* del cerebro (en tanto no verificada ni verificable en una teoría científica reduccionista) que permitiría abrir el campo de una influencia recíproca de causación.

Por esto, en una nueva afirmación de Kandel, leemos a continuación: “*Hasta que no se resuelvan estas controversias, es interesante considerar que los cambios significativos en la conducta que se consiguen mediante la psicoterapia se producen mediante alteraciones de la expresión de los genes que generan modificaciones estructurales del cerebro. Es evidente que esta afirmación también sería aplicable al tratamiento psicofarmacológico*” (1).

¡Sin duda que es interesante!, se lo concedemos de buen grado, pero preguntamos: ¿no es, acaso, interesante considerar que la psicoterapia, en tanto la puesta en juego de la palabra y la subjetividad en la cura, abrió y abre todo ese campo de investigación que es la mente, y que se diferencia de la genética y de la sociología científica (“en tanto no se resuelvan estas controversias”)?

La lectura *cortocircuitada* entre expresión genética y factores socio-ambientales, oculta el ámbito de lo mental como factor efectivo y eficaz, y cae, al menos, en dos problemas epistemológicos cruciales. En primer lugar, un cierto *conductismo acritico*, que niega cualquier proceso mental en sí mismo, por no encajar en la estricta concatenación causal empírica y experimentalmente demostrable. En segundo lugar, en el *epifenomenalismo*, como explicación del fenómeno constatable de la conciencia (es decir, se reconoce el fenómeno, pero se le resta cualquier injerencia en la serie de los eventos físicos).²

Esta problemática será el epicentro de las reflexiones que examinaremos en el apartado siguiente.

El argumento de Hans Jonas

En lo que sigue, nos basaremos en la argumentación de Hans Jonas.³

Cabe señalar que, en primer lugar, a Jonas le importa reconsiderar el tema de la causalidad física, y con ello “el poder o impotencia” que lo psíquico tenga en la naturaleza, no solamente por la apertura epistemológica que supone (el reconocimiento de la legitimidad de un ámbito de investigación), sino por la fundamentación de la responsabilidad ética en el refractario ámbito de la materialidad neutral de la teoría física.

Jonas, como discípulo de aquel primerísimo Heidegger, asistente de sus primeros seminarios anteriores a su temprano y decisivo texto “*Ser y tiempo*”, parte de una

diferencia esencial -ontológica- entre la experiencia y cualquier forma teórica en la cual ésta se plasma como conocimiento.⁴

De este modo, para Jonas, se plantean dos cuestiones a ser compatibilizadas. La primera es que la influencia de doble vía entre lo psíquico y lo orgánico, entre la mente y el cuerpo, es un *factum*, un hecho para la experiencia cotidiana que no puede ser soslayado. La segunda es que el problema de la *incompatibilidad* entre la causalidad física y la motivación psíquica (por poner un nombre al proceso mental), es un derivado de la misma teoría, es decir, una imposibilidad que la misma teoría causal física produce.

Por tal razón, y por la vía negativa, esto es, demostrando las contradicciones a las que arriba la misma teoría materialista, puede abrirse la posibilidad del sostenimiento de la influencia recíproca entre lo mental y lo orgánico, sin caer en concepciones metafísico-religiosas, rechazadas de plano por la científicidad de la física (y de la época actual).⁵

Las leyes de la constancia del intercambio entre energía y materia en la naturaleza, tal como las concibe la física, con su exigencia de verificabilidad experimental, es decir, la concatenación de causas físicas, no puede permitir la intervención de lo no-físico, sino se rompería tal constancia sin explicación alguna. Esto deviene inmediatamente en que, una intervención de lo psíquico en la concatenación causal, como lo observable en la conducta, resulta engañosa: “*un engaño sin finalidad de la finalidad*” (3, pág. 84).

Como el hecho psíquico no puede ser negado como existente, resulta que en el seno de la teoría física, lo psíquico es postulado como *epifenómeno*, a saber, una mera aparición acompañante de los procesos cerebrales -materiales- que no posee, con relación a estos, ninguna función ni influencia determinante.

Así existe un claro predominio de la materia sobre la mente, que se reduce a una pura expresión de lo orgánico. Como pura expresión, no puede influir sobre aquello que lo induce ni sobre sí mismo, sino ya no sería una pura expresión, y debería considerársele entidad propia.

El estrato físico está completo en su determinación, por ejemplo, levantar un brazo está determinado por procesos cerebrales pasibles de explicación y/o descripción objetiva (neuromuscular), mientras que lo subjetivo (voluntad, intención) es sólo una transcripción simbólica sin adecuación, una imagen sin funcionalidad e interacción.

En principio, tal validez incondicionada de lo físico (que no admite ningún condicionamiento de lo no-físico, en este caso, de lo psíquico) es una idealización, puesto

² La objeción de que existen psicoterapias que se atienen a la “verificación científica”, en tanto el psicoanálisis no lo hace, no nos parece pertinente para el problema aquí tratado, en tanto ninguna psicoterapia utiliza un tratamiento material en la cura, como sí lo hace la psicofarmacología, y debe, por tanto, remitirse su efecto a algo de orden mental, subjetivo o intersubjetivo (sin entrar aquí en la polémica de la pertinencia y especificidad de estos términos).

³ Nos referiremos a su argumentación, aunque según nuestra propia interpretación y responsabilidad, remitiendo al lector a su notable texto “*Poder e impotencia de subjetividad*”.

⁴ Cualquier conocimiento es teórico, es decir, se plasma bajo el esquema sujeto-objeto (Yo-objeto), y se distancia así de la experiencia originaria del *Dasein* (estar, existir) en su situación fáctica, esencialmente temporal.

⁵ Deberíamos considerar los desarrollos de la física cuántica (Jonas luego lo hará), o de los sistemas complejos, de cualquier modo, el planteo ligado a la teoría científico materialista que aquí se presenta, nos parece que no afecta lo que se pretende demostrar e incentivar a pensar.

que no es verificable como un todo. Dicho de otro modo, la validez de las leyes de constancia y su determinismo, toleran “gradaciones de precisión” -según nuestro autor-, lo que significa que no tienen por qué tener validez siempre y en todos los ámbitos, ni que el resultado final verifique su validez en todos los resultados parciales. Si esto es así, ya no se sostiene la disyunción según la cual o bien tenemos una naturaleza determinada absolutamente de modo material (según la concepción que la física clásica tiene de la materia), o bien tenemos una naturaleza sin reglas, lo que resulta inaceptable (esto se traduce en: o bien inmunidad de la naturaleza ante lo psíquico o dimisión de las ciencias naturales).

Sin embargo, la argumentación adquiere su fuerza en tanto muestra las incongruencias lógicas en las que incurre la misma teoría física, al relegar lo psíquico a mero epifenómeno sin finalidad alguna, es decir, asume la tesis de la ineficacia de lo psíquico sobre lo orgánico (argumento de la incompatibilidad). De acuerdo a la mencionada tesis, sólo lo físico puede causar efectos en lo físico, existiendo una autarquía de lo físico que -como dijéramos- reduce lo psíquico a epifenómeno expresivo.

Aún en relación a las funciones cerebrales superiores, se intenta una explicación a través de la exploración concreta y mecanicista, refrendada por los últimos avances en neurociencias, como el único camino posible; y desechando, por carencia de pruebas científicas, la experiencia, por ejemplo, aún de la influencia de las palabras y la intersubjetividad sobre las manifestaciones orgánicas verificables y las conductas.⁶ Lo psíquico cae así en una suerte de inutilidad, es operativamente superfluo e inexplicable (ficción e impotencia de la mente).

¿A qué suerte de enigmas nos lleva el sostenimiento del concepto de epifenómeno?, entendido éste, vale recordar, como la tesis de que “lo subjetivo, o lo psíquico o mental es la apariencia que acompaña ciertos procesos físicos que tienen lugar en el cerebro” (3, pág. 91), donde los procesos físicos son autónomos, sin que haya alguna reciprocidad entre uno y otros.

En primer lugar, si para la creación de lo psíquico no se emplea nada físico (pues, de no ser así, ya no habría conservación de la energía), entonces la mente surge de una creación *ex nihilo*, surge de la nada, lo cual contradice la misma idea de naturaleza física. En segundo lugar, si lo psíquico es provocado por lo físico, algo aceptable desde la teoría fisicalista, entonces debe tener consecuencias. De no ser así, nos hallaríamos ante una naturaleza que produce algo sin finalidad alguna, una consciencia escindida del mundo que resulta una mera ilusión o engaño.

El enigma lógico que se produce -en términos de nuestro autor- es el de una subjetividad, un yo, que surge como una nada reflejada en una nada, una ilusión que engendra una ilusión. Tal posición -dice Jonas- “atenta contra el concepto de Naturaleza que presupone” (3, pág. 108).

Teniendo en cuenta lo ya dicho, reconstruyamos, aproximadamente, el argumento en forma crítica.⁷

El alma (la mente) tuvo que ser privada de realidad “esencialmente en defensa de las leyes causales y de la constancia”. Por esto, el concepto de epifenómeno se tornó inexplicable. Sin embargo, según un *principio natural* (esencial a la misma teoría materialista de la naturaleza), nada se produce en el mundo gratuitamente y nada permanece en sí mismo sin más consecuencia. Todo lo que ha sido causado debe ser, a su vez, causa. La mente, según las mismas tesis materialistas, debe ser un resultado de la materia, pertenecer al mundo, proceso en el cual la materia debe invertir algo.

Si seguimos este argumento, que se atiene a la misma teoría materialista de la naturaleza, llegamos a concluir que la conciencia debe ser considerada como algo más entre las cosas, aunque no conozcamos el cómo interacciona (cómo es causada y cómo causa). Pues, solamente de este modo, la energía invertida no desaparece del mundo sin más y queda a salvo el equilibrio de la totalidad.

El argumento muestra como la misma teoría materialista llega a una contradicción insalvable, toda vez que no acepte la realidad efectiva de la mente, y su injerencia en la cadena de causas y efectos naturales. Por ello, llega a decir Jonas: “cómo es posible el gasto nulo de algo que deviene y el valor causal nulo de algo que ha devenido, es decir, cómo puede tener lugar una relación sin interacción en un mundo que sólo puede ser pensado como tal bajo esas condiciones” (3, pág. 110).

Relectura del problema y conclusiones

La propuesta de Eric Kandel que -entiéndase bien- consideramos aquí como absolutamente honesta y encomiable, está liderada por un ideal de la ciencia moderna, por cierto, en parte, totalmente defendible, cual es que las afirmaciones que se tomen por verdaderas en el ámbito del conocimiento admitan un suficiente grado de verificabilidad, que sólo puede ser dado por el riguroso método científico en el seno de una concepción materialista excluyente, de la naturaleza.

El punto de partida de Jonas es que una teoría, por más rigurosa y verificable que ésta sea, no deja de ser teoría, esto es, se sustenta en un suelo más originario que es el de una experiencia pre-teórica y pre-reflexiva (anterior a su explicación bajo el esquema sujeto-objeto).

Tal teoría, cuanto más rigurosa se postula, más aún debe dar cuenta de sus propias contradicciones. Es por ello que la admisión de un hecho como es la constatación de la existencia de lo mental, y la experiencia de su interacción con lo orgánico, aunque no verificable por los métodos científicos naturales, no pueden ser soslayadas o negadas, si no se desea llevar a que la misma teoría se muestre falsa o impotente, a causa de una contradicción insalvable en sus postulados básicos.

⁶ Si bien, aún dentro del ámbito anglosajón, la nueva “teoría de la mente”, surge de algún tipo de objeción al esquema conductista; aún así, en varios investigadores, queda ligada al cientificismo reinante en ese ámbito.

⁷ Resumimos aquí el desarrollo que Jonas hace en la página 109 de su texto.

Por esto, limitando el ámbito de verificabilidad y predicción de la teoría científica materialista a “niveles de gradación”, pero no a toda la “naturaleza humana”, se la salva de esta contradicción, a la vez que se abren otros ámbitos de posible conocimiento legítimo.

Asimismo, se la salva de tal contradicción, si se acepta una reciprocidad entre lo orgánico y lo psíquico, aunque debiendo aceptar que, entonces, no se pueda explicar la modalidad de tal interacción, el entrecruzamiento -por así decirlo- ni desde el discurso científico-natural, ni desde un saber que atañe al funcionamiento simbólico de lo mental (al menos exclusivamente).

La pregunta que atraviesa toda la reflexión precedente es: ¿Cómo afecta esta problemática a la psiquiatría y al psicoanálisis?, podríamos agregar, en su relación, por un lado, con la exigencia de científicidad médica y, por otro, con la dilución del ámbito específico de lo mental en una postura sociológica que apunte más al padecimiento generalizado del ser humano, que a una posición del sujeto expresada en síntomas delimitables.

Con relación a la psiquiatría, si la misma asume una postura científico-materialista excluyente, pierde una lectura del síntoma psiquiátrico, y por tanto del cuadro psiquiátrico, aún de una formulación en términos de “enfermedad mental”, que involucre la relación entre lo orgánico y lo mental, tanto en sus posibilidades de investigación, heurísticas, diagnósticas y terapéuticas. Su capacidad de intervención en este ámbito intermedio del ser, es lo que forjó su identidad respecto de la neurología (y de toda otra especialidad médica), por un lado, y respecto de la psico-sociología, por otro.

Sin embargo, lo que debe preguntarse es si de acuerdo a la experiencia clínica, y no a exigencias *desde fuera* (sean éstas de mercado, sociales, legales, “científicas” -en un sentido restrictivo-, etc.) no se está desconociendo el fenómeno mismo que le otorga su razón de ser (una práctica médica destinada a la cura de ciertas “enfermedades” que no se subsumen a ninguna otra especialidad médica). Si, por otro lado, acepta que su campo de intervención incluye este ámbito heterogéneo, entonces, sin duda, podrá aceptar la propuesta de Kandel, y así participar activamente en el avance de las neurociencias, *pero* sin confundirse con éstas, es decir, sosteniendo una reciprocidad que no agota todo su devenir y su práctica.

Esta última, nos parece, era la posición de un psiquiatra como Henri Ey, en su formulación del órgano-dinamismo. Independientemente de la opinión que se tenga sobre la posición de Ey, constituyó un esfuerzo por teorizar y comprender ese *espacio intermedio* en el cual se ha movido la práctica clínica psiquiátrica.

No obstante, cabe señalar que, aún no siendo el psiquiatra ni psicoanalista ni psicoterapeuta, la comprensión del vínculo particular que lo reclama cotidianamente en la relación con el sujeto-paciente, desde su ser sujeto-profesional, lo previene de considerar todas las actitudes de sus pacientes como manifestaciones de “una (su) enfermedad” de forma defensiva, y con ello evitar actitudes o indicaciones iatrogénicas y/o represivas, negando así su participación en un contexto pro-

ductor de síntomas (aunque no sea sólo el contexto el causante del cuadro clínico del paciente, el psiquiatra debería cuidarse de no generar situaciones iatrógenas).

En cuanto al psicoanálisis, se plantea una cuestión tan interesante como espinosa. La propuesta de Kandel, con relación al psicoanálisis, es que se convierta “en la disciplina más cognitiva de las neurociencias” (4), y esto no sin una dosis de perentoriedad y tragicidad, pues “Sería lamentable, incluso terrible, que la riqueza de conocimientos que se han derivado del psicoanálisis cayera en el olvido durante el proceso de aproximación entre la psiquiatría y las ciencias biológicas” (4). Kandel presupone que sólo demostrando sus afirmaciones “verdaderas” científicamente, con los métodos de la neurobiología, el psicoanálisis sobrevivirá al avance de las neurociencias. Supone, además, que la psiquiatría misma ha ya iniciado este camino irreversible. Pero, además supone, aunque no lo dice, que *en esencia*, psicoanálisis y ciencia biológica hablan de lo mismo, acerca de lo mismo, es decir, su “objeto” es el mismo.

El problema es, si de este modo, el psicoanálisis conservaría su razón de ser, a saber, ese ámbito donde el sujeto pueda encontrarse con la Verdad, transformándose y transformándola, donde se sobreponga a una *función adaptativa*, promulgada por un discurso Amo alienante (vehiculizado por sus propias estructuras imaginarias).

Lacan afirma en *La ciencia y la verdad*: “el sujeto sobre el que operamos en psicoanálisis no puede ser sino el sujeto de la ciencia” (5, pág. 837), y poco más adelante agregará: “No hay ciencia del hombre [...]. No hay ciencia del hombre, porque el hombre de la ciencia no existe, sino únicamente su sujeto” (5, pág. 838). No existe el “objeto” hombre, en cuanto cualquier *objetivación* del mismo es una operación alienante con relación a la existencia siempre fáctica, siempre histórica, en la cual el sujeto adquiere su potencial de causalidad de sí, de ruptura y reconversión de lo instituido, y desde ya y principalmente, de lo instituido por la ciencia en tanto discurso dominante. El psicoanálisis brindaría así un espacio donde cualquier objetivación pueda ser puesta en tela de juicio, justamente por el mismo sujeto.

En la lectura de Lacan, el sujeto es un sujeto escindido, que antes de serlo por el *saber* científico, lo es por sus propias intelectualizaciones. Cualquier saber así sobre el sujeto, no sutura ni disminuye su escisión, sino que la remarca. El sujeto sufriente de la neurosis, entonces, permanece allí, en esa *contracara del cogito* devenido yo, y donde el psicoanálisis adquiere su función.

La crítica de Jonas intenta mantener en un nivel de legitimidad semejante al de la ciencia biológica, el único ámbito donde puede plantearse como verdad la cuestión de la responsabilidad subjetiva, evidenciando su lugar relativo respecto del *fenómeno* humano. Si bien, en su intento, busca más la continuidad que la diferencia entre ambos ámbitos. Queda así en una suerte de intermediación entre ambas posturas.

El legado de Freud, ha dado argumentos en un sentido y en otro. No obstante, tal legado, nos parece más

del orden de la ruptura que de la continuidad. Lo que se quiere decir es que el más allá de la conciencia que devela Freud en su primera tópica, y luego la función mediadora y especuladora del yo entre distintas instancias, así como la función estructurante del Complejo de Edipo frente a la castración, la imposibilidad del lenguaje de dar cuenta exhaustivamente de las tendencias pulsionales, ponen en evidencia una *causa material* que no se confunde con la causa formal de las ciencias (teorizadas por el creador del psicoanálisis, a través del “modelo pulsional”, como

intento de atrapar lo híbrido entre lo orgánico y lo mental, pero que deja intacta la escisión).

Para concluir, y en relación a nuestra tesis, un organismo sufriente no es exactamente la mismo que un sujeto sufriente, y esto aunque desde distintos aspectos interesa tanto a la psiquiatría como al psicoanálisis, en que el síntoma que reclama su razón, siga teniendo algo en común. Cualquier reducción teórica, debe dar cuenta de lo que excluye tanto como de lo que hace patente. ■

Referencias bibliográficas

1. Kandel ER. A New Intellectual Framework for Psychiatry. *Am J Psychiatry*, 1998 Apr;155(4):457-69.
2. Kandel Eric R. Biology and the Future of Psychoanalysis: A New Intellectual Framework for Psychiatry Revisited. *Am J Psychiatry*, 1999 Apr; 156(4):505-24.
3. Jonas H. [1987] (2005), *Poder o impotencia de la subjetividad*, Barcelona, Paidós.
4. Kandel ER. (2007), *Psiquiatría, psicoanálisis y la nueva biología de la mente*, Buenos Aires, Grupo Ars XXI de Comunicación Argentina, SA.
5. Lacan J. (1966), “La ciencia y la verdad” en *Escritos II*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1987.

Bibliografía complementaria

1. Fantin JC, Fridman P. (2009) *Bioética, salud mental y psicoanálisis*, Buenos Aires, Polemos.
2. Fantin JC., *Filosofía y psicoanálisis: Freud, Lacan, Heidegger. Conexiones Revista argentina de salud mental*, Buenos Aires, AASM, Año 2, N° 6, 2006.
3. Fantin JC. *Prejuicio y Evidencia, oposiciones y convergencia en la psiquiatría actual*, Vertex, Rev Arg Psiquiatría, Vol. XVIII, 71, Ene-Feb 2007.
4. Fantin JC. (2012), *Una lectura crítica de la clasificación en psiquiatría, e-Mariposa*, Noviembre 2004, N° 4, pp. 2-4.
5. Heidegger M. (2005) *La idea de la filosofía y el problema de las concepciones del mundo*, Barcelona, Herder.
6. Heidegger M. (2001) “La pregunta por la técnica”, en *Conferencias y artículos*, Barcelona, España, Ediciones del Serbal.
7. Kaplan HI, Sadock BJ, Grebb JA. (1996) “Prefacio” en *Sinopsis de psiquiatría*, Buenos Aires, Panamericana.
8. Lacan J. (1985) “Psicoanálisis y medicina” en *Intervenciones y textos*, Buenos Aires, Manantial.